10951

BIBLIOTECA
LÍRICO-DRAMÁTICA

# TRES AL SACO...

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

MÚSICA DEL

MAESTRO TABOADA

Estrenado en el Teatro de Eslava en la noche del 17 de Marzo de 1882.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1882

17

# TRES AL SACO...

JUGUETE CÓMICO-LÍRICO, EN UN ACTO Y EN PROSA

ORIGINAL DE

EUSEBIO SIERRA

MÚSICA DEL

MAESTRO TABOADA

Estrenado en el Teatro de Eslava en la noche del 17 de Marzo de 1882.

MADRID
ENRIQUE ARREGUI, EDITOR
calle de Atocha, 111, segundo
1882

| PERSONAJES | ACTORES |
|---|---|
| AURORA | Srta. Latorre. |
| TOMASA | » Campini. |
| ESTEFANÍA | Sra. Vargas. |
| MARTIN | Sr. Ruiz. |
| MIGUEL | » Galé. |

*Esta obra es propiedad de D. Enrique Arregui y nadie sin su permiso podrá ponerla en escena.*

*Los representantes de la* BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMÁTICA *son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion, del cobro de los derechos de propiedad y de la venta de ejemplares.*

*Queda hecho el depósito que marca la ley.*

Imprenta de Alvarez hermanos, San Pedro, 16.

# ACTO UNICO.

La escena representa un gabinete amueblado sin lujo. Puertas al foro y laterales.

## ESCENA PRIMERA

TOMASA.

**MÚSICA.**

Me canso de estar soltera,
y busco en todo Madrid
un mozo que bien me quiera
y me quite de servir.
Mucho que sí!
Yo le quiero muy valiente,
muy bizarro y muy gentil,
con las hembras manso y dulce,
con los hombres casi un Cid.
Mucho que sí!
Que solo, solito, solo,
me quiera á mí!

676902

Tambien me contentaria
un nuevo Matusalem,
que fuera á la Vicaría
jurándome amor y fé.
Arza y olé!
Que aunque viejo y muy reviejo
en teniendo algun *parné*,
con la *guita* taparia
las arrugas de la tez.
Arza y olé!
Y sólo, solito, sólo,
le querré á él!

## ESCENA II.

AURORA.—TOMASA.

**HABLADO.**

TOM. Cómo! Señorita, aun está usted así?

AUR. Qué prisa corre?

TOM. Apenas! Ya no deben tardar don Miguel y su tio don Martin. Van á dar las once.

AUR. No serán tan puntuales.

TOM. Pues la señora hace rato que entró en el tocador. Se está poniendo de veinticinco alfileres.

AUR. De veras?

TOM. Naturalmente; como que cree, y yo tambien lo creo, que don Martin viene á la córte con el único objeto de pretender su mano.

AUR. Ay, ojalá no os equivoqueis.

TOM. Claro, ojalá no nos equivoquemos. Porque así se harán las dos bodas en un dia: la madre con el tio y la hija con el sobrino.

AUR. Es verdad; Miguel temia que su tio se opusiese á nuestro enlace; pero si él se casa con mamá...

TOM. No podrá impedir que su sobrino se case con usted.

AUR. Justo. Ay, Tomasa qué contenta estoy!

TOM. La cosa no es para ménos; digo, casarse, con lo perdido que está eso ahora! (Suena la campanilla.) Ahí están.

AUR. Jesús, qué pronto! Pero anda, vé á abrir, y recíbelos, mientras aviso á mamá y me arreglo un poco. (Vase.)

## ESCENA III.

TOMASA.—MARTIN.—MIGUEL.

TOM. Esperen ustedes aquí un instante.

MAR. Bien, bien, todo el tiempo que tú quieras.

TOM. Voy á avisar á las señoras.

MAR. Eh! No tengas prisa; parece que te asustas de los paisanos?

TOM. Quiá! No, señor.

MAR. Dí, dí, que tal te vá por los Madriles?

TOM. Muy bien.

MAR. Ya se te conoce: estás más gorda que en el pueblo, y más guapa.

TOM. Guapa, no es verdad.

MAR. Oye, oye, Miguel; dice que no está guapa y le dá á uno ganas de comérsela cruda.

MIG. Tio!

MAR. Calla, tonto; me dan ganas de comérmela, porque no he almorzado.

TOM. Qué bromista!

MAR. Bromista, sí. Anda, que á más de cuatro se les alegrarán los ojos cuando te vean por la calle, y á mí mismo...

MIG. Tio, tio, qué dice usted?

MAR. La verdad; ya sabes tú lo que soy yo para estas cosas.

TOM. Pues qué es usted?

MAR. Espansivo, muy espansivo... (Vá á abrazar á Tomasa, y lo hace á Miguel que se interpone.) Hombre, no era para tí; pero yá, quédate con él.

MIG. Muchas gracias. (A Tomasa.) Anda, anda, vé á avisar á las señoras, y déjate de tonterías.

TOM. Voy: pero me parece que lo que ha dicho no son tonterías. (Váse.)

## ESCENA IV.

MARTIN. — MIGUEL.

MIG. Vaya, tio, que tiene usted unas cosas...

MAR. Qué! Te parece mal que me gusten las muchachas bonitas? Pues, hijo, no lo puedo remediar: desde pequeño he sido así.

MIG. Pero decir esas cosas á una Maritornes... por más que sea paisana...

MAR. No, eso no; porqué aunque hubiera sido militar...

MIG. Y ménos aun á la doméstica de la que usted pretende que sea su esposa.

MAR. Mira, en eso sí que tienes razon.

MIG. Si ella lo supiera.

MAR. Verdaderamente. Pero oye, oye, ahora que hablas de ella. Cómo es que en cuanto llegué anoche y te dije que venia á casarme te figuraste con quién?

MIG. Porque desde que ví las deferencias de que hizo Vd. objeto en el pueblo á doña Estefanía y Aurora, empecé á sospechar...

MAR. Ah, pícaro!

MIG. Y eso que no acababa yo de creer que usted se dejase pescar.

MAR. Sí, ya lo comprendo: tú decias: mi tio es muy largato; no cae, no cae.

MIG. Eso; y como siempre habia usted manifestado gran aversion al matrimonio...

MAR. Y se la tengo aun.

MIG. Cómo! Cuando se vá usted á casar!

MAR. Precisamente!

MIG. No lo entiendo.

MAR. Yo te lo explicaré. Cuando yo era jóven me gustaban todas las mujeres, y no me podia contentar con una sola.

MIG. Ah! Sí, vamos: y ahora ya no le gustan á usted todas.

MAR. Quiá! Al revés. A mí me siguen gustando siempre: soy yo el que ya no les gusto á ellas. Ahora comprenderás que me veo precisado á tomar una mujer por no quedarme sin ninguna.

MIG. Me parece buena idea.

MAR. Me alegro, hombre; porque yo venia con el temor de que te contrariara.

MIG. A mí? Por qué?

MAR. Porque podria suceder... vamos! podria suceder que no fueses tú mi heredero... Jí... jí...

MIG. (Límpiate!...) Bah! Eso no importa!

MAR. Bien, bien, así me gusta; desprendido y generoso.

MIG. Es que no todo es desinterés. (Aquí se la suelto.)

MAR. Eh?

MIG. No, señor; tambien yo quiero casarme.

MAR. Qué dices? Tú?

MIG. Y espero que usted no se opondrá á que le imite.

MAR. Hombre, me has cogido en un lazo; pero...

MIG. Qué?

MAR. No seas tonto; tú eres todavía demasiado jóven para contentarte con una sola mujer. El casarse es cosa de viejos ó de estúpidos.

MIG. Luego usted...

MAR. Yo soy una escepcion.

MIG. Y yo puedo ser otra.

MAR. No, señor; tú debes estar comprendido en la regla general: pues no faltaria otra cosa sino que fuéramos todos escepciones.

MIG. Pero, tio...

MAR. Nada: tú ayúdame ahora á mí. (Que despues que yo me case con Aurora, ya hablaremos.)

MIG. Aquí están ya las señoras.

MAR. Espérate.

MIG. Que vá usted á hacer?

MAR. A quitarme el abrigo. (Lo hace.) No ves que vengo de frac?

## ESCENA V.

DICHOS.—ESTEFANIA.—AURORA.

ESTEF. Don Martin! (Se saludan todos dándose las manos.)

MAR. Doña Estefanía! (Qué mamarracho!)

AUR. (A Martin.) Qué tal?

MAR. Perfectamente. (Uy, qué guapa!)

ESTEF. Le encuentro á usted más gordo...

MAR. Sí, señora; este invierno todos hemos engordado mucho en la Mancha: si viera usted los animales; dá gloria mirarlos!

MIG. Tio!

MAR. Digo la verdad.

ESTEF. Es claro. Y á qué debemos el gusto de verle á usted por aquí?

MAR. Pues... á eso.

ESTEF. A qué?

MAR. Les diré á ustedes... yo he pensado, eh? y como he pensado, vamos! Que eché mis cuentas, y me dije:—Te conviene?—Sí, te conviene.—Míralo bien.—Ya está.—Pues vamos á Madrid.—Vamos.

ESTEF. Qué gracioso!

AUR. Nos hemos enterado.

MAR. Y aquí estoy. Con que ahora, ustedes dirán.

ESTEF. Pero, el qué?

MAR. Eso.

ESTEF. Si no se explica usted más claro. .

MAR. Todavía más claro?

MIG. Naturalmente; si no ha dicho usted nada.

MAR. Pues no dice que no he dicho nada! Aurora ya me ha entendido.

AUR. Yo? Ni jota.

MAR. Pues me explicaré; aunque puede ser que no me atreva delante de... (Por Aurora.)

AUR. De mí? Pues en seguida me voy.

ESTEF. Sí, sí, retírate (Qué discreto! Quiere quedarse á solas conmigo.)

AUR. Hasta luego. (Váse.)

MAR. (A Miguel.) Tú véte á recojer mi equipaje.

MIG. Corriente.

ESTEF. Pero no tarde usted, porque hoy almorzaremos todos juntos.

MIG. Bien, volveré en seguida.

MAR. (Me parece que la niña es para mí.)

## ESCENA VI.

ESTEFANÍA.—MARTIN.

MAR. (Ea, á jugar el todo por el todo.)

ESTEF. Conque ya que estamos solos, siéntese usted y explíquese.

MAR. Con mucho gusto. (Se sientan.)

ESTEF. (Ahora se declara.) Le escucho á usted.

MAR. Bueno; pues... (Cáspita! No sé cómo empezar.)

ESTEF. Adelante.

MAR. Pues el hombre, es hombre... No es cierto?

ESTEF. Sí, señor; y la mujer, mujer.

MAR. Y viene el diablo y sopla, si... De modo que como el hombre es hombre, llega un dia, ó una noche, es lo mismo, en que empieza á sentir en el corazon un hormigueo, un hormigueo, vamos, un hormigueo horrible. Entónces el hombre cavila y se pregunta á sí mismo: qué tendré yo aquí? Pero ¡quiá! no acierta con lo que es.

ESTEF. Jesús, qué interesante es eso! Siga usted, siga usted!

MAR. Y es claro, el hombre vuelve á cavilar.

ESTEF. Y qué?

MAR. Que tampoco acierta. Entónces cavila por tercera vez.

ESTEF. Y no acierta aún?

MAR. Sí, señora; á la tercera es la vencida, y comprende, por fin, que aquel hormigueo le produce una mujer.

ESTEF. Vamos! (Debo estar como un tomate.)

MAR. Y, naturalmente, el hombre en tal caso se acerca á la mujer y la dice: Señora... Me quiere usted rascar aquí?

ESTEF. Ay, qué cosas tan graciosas se le ocurren á usted!

MAR. Y yo á eso he venido á la córte.

ESTEF. A qué?

MAR. Pues no lo he dicho? A ver si me quitan el hormigueo este.

ESTEF. Bueno; y quién se propone usted que sea la que?...

MAR. La que me rasque el corazon?

ESTEF. Justo; ya que quiere usted seguir la metáfora.

MAR. La qué?

ESTEF. La metáfora.

MAR. (Con qué se comerá eso?) Pues, señora, quién ha de ser?

ESTEF. (Ay, cómo me mira.)

MAR. La que es joya de esta casa.

ESTEF. Adulador.

MAR. La que desde el verano pasado está aquí.

ESTEF. Dónde?

MAR. Aquí: no en el bolsillo, no, sino dentro del corazon.

ESTEF. Zalamero!

MAR. Me ha comprendido usted?

ESTEF. No lo dice bien claro mi alegría?

MAR. De modo que usted se alegra?

ESTEF. Sí, señor.

MAR. Entonces, puedo concebir esperanzas?

ESTEF. Realidades, don Martin, realidades.

MAR. Pero, sin consultar á Aurora?

ESTEF. Qué! No es necesario.

MAR. Es que no quiero nada por la violencia.

ESTEF. Qué violencia! Basta que sea mi gusto para que ella...

MAR. A pesar de todo...

ESTEF. Picaron! Demasiado sabia usted que en esta casa habia quien le esperaba impaciente.

MAR. No lo sabia, no, señora; si lo hubiera sabido, hubiese venido mucho antes.

ESTEF. Nada; ahora mismo se lo voy á decir á la niña.

MAR. Sí, sí; estas cosas en caliente; á ver cómo lo toma.

ESTEF. Perfectamente, hombre, perfectamente... Adios. Hasta luego... Adios! (Vase.)

MAR. Uy, qué cara de suegra regocijada me pone ya!

## ESCENA VII.

MARTIN.

Y Aurora que me amaba hace tiempo! Quién lo habia de creer? Si siempre lo he dicho; soy un pillo con suerte!

**MÚSICA.**

Cuando por las calles
salga de paseo,
todas las muchachas
me dirán: ¡Adios!
Y no habrá una sola
que al verme no exclame:
Qué guapo, qué guapo
y qué encantador!

—

Y yo de pasada
á todas diré,
mientras se me enciende
de rubor la tez:
mucho lo deploro,

mas no puede ser;
por amar á una
no desairo á diez.

—

Las jamonas verdes
me dirán piropos,
y las tiernas niñas
morirán de amor;
y no daré un paso
sin que todos vean
que con cada guiño
parto un corazon.

—

Pero de pasada
á todas diré,
mientras se me enciende
de rubor la tez:
mucho lo deploro,
mas no puede ser:
por amar á una
no desairo á diez.

## ESCENA VIII.

TOMÁSA.—MARTIN.

**HABLADO.**

TOM. Hola, don Martin! Quedó arreglado el asunto?

MAR. A las mil maravillas; y estoy tan alegre!... Vaya... Que siento ganas de darte un abrazo.

TOM. Eh! Quieto. Vaya usted á repicar á su parroquia.

MAR. Soy tan devoto, que repicaria en todas las iglesias.

TOM. Pues ya tiene usted demasiada edad para andarse subiendo á los campanarios... Además, que ahora va usted á dar la última campanada.

MAR. Efectivamente. Y á propósito de eso: cómo crees tú que recibirá Aurora mis pretensiones?

TOM. Ah! La señorita, muy bien.

MAR. De veras?

TOM. No vé usted que como ella está tan enamorada!

MAR. Pero tan enamorada está?

TOM. Qué! No lo sabe usted?

MAR. Sí, me lo ha dicho doña Estefanía; pero no creí que fuese tanto.

TOM. Pues lo es, sí, señor.

MAR. (Está visto: soy un Tenorio.)

TOM. No, la verdad es que el chico lo merece.

MAR. (El chico, me llama el chico ) (La dá un duro.)

TOM. Es guapo.

MAR. Regular, nada más que regular. (La dá otro.)

TOM. Es jóven.

MAR. Ah! Eso sí, jóven, sí. (Idem.)

TOM. Y además poeta. (La va á dar otro duro y al oir poeta se le guarda.)

MAR. Cómo poeta?

TOM. Sí, haga usted que no lo sabe.

MAR. Canario!

TOM. Y hace unos versos preciosos.

MAR. (Pues los hago sin saberlo.)

TOM. Eso es lo que más ha entusiasmado á la señorita.

MAR. (Alguna coincidencia de nombres: algun otro Martin Zoquete que publica versos, y ella... Pues aprovecharé la casualidad.)

TOM. Aquí está ya la señorita.

MAR. Pues, véte, véte.

TOM Al momento. (Ya veo que se arreglan las dos bodas.) (Váse.)

## ESCENA IX.

AURORA. — MARTIN.

MAR. (No hay duda: está loca, loca por mí.)

AUR. Dispense usted que le hayamos dejado sólo; mamá queda arreglando la mesa, y me encarga que haga á usted compañía.

MAR. Y bien agradable, por cierto. (Uy, qué hermosa ) Supongo que ya le habrá hablado á usted su mamá de mi asunto.

AUR. Sí, señor.

MAR. (Pone buena cara... Ánimo.) Y usted, qué dice?

AUR. Yo, siendo del gusto de mamá, no debo oponerme.

MAR. Es que yo no quisiera tampoco que la contrariara á usted ese enlace.

AUR. A mí? Al revés!

MAR. (Ay, al revés! Me adora.) Aurorita, esa declaracion me llena de alegría... Aunque, á decir verdad, no me sorprende. Ya por Tomasa sabía yo...

AUR. Qué?

MAR. Se vá usted á ruborizar. (Qué tunante soy!)

AUR. Por Dios!

MAR. Pues sí, Tomasa me ha dicho que está usted muy enamorada.

AUR. Cómo! Le ha dicho á usted eso? Qué indiscreta!

MAR. Eh! Qué importa? Sobre que, al fin y al cabo, me lo habia usted de decir.

AUR. Eso es verdad.

MAR. Qué más dá que me lo diga usted ahora que luego?

AUR. Sin embargo.

MAR. Despues de todo, hay nada más natural que el que ame una jóven? Sobre todo cuando el sugeto no es despreciable.

AUR. Verdaderamente.

MAR. Porque lo que es versos no los hace cualquiera.

AUR. Cierto! Y tan bonitos!

MAR. Mil gracias, es favor. (Y que no haya yo sabido hasta ahora que era poeta.)

AUR. Sin duda me ama mucho.

MAR. Sí, señora, con toda su alma.

AUR. Qué! Usted lo sabe ya?

MAR. Pues, hija mia, si no lo sé yo, lo sabrá el vecino.

AUR. Y está usted contento?

MAR. Naturalmente: vaya una pregunta!

AUR. Y nos casaremos en un dia, verdad?

MAR. A la fuerza. Yo no sé que nos podamos casar en dias distintos.

AUR. No, si no quiero... deseo casarme con mamá.

MAR. Cómo! Usted desea casarse con su mamá? Qué atrocidad!

AUR. No digo eso; sino que deseo que se case mamá el mismo dia que yo.

MAR. Ah! Bueno. Por mí que se case; pero dudo que encuentre con quién.

AUR. Pues, no se casa con usted?

MAR. Conmigo? Cómo me voy á casar yo con dos mujeres? Hija mia; qué cosas se le ocurren á usted!

AUR. Pero entendámonos: no le ha dicho usted á mamá que queria casarse?

MAR. Sí; pero no con ella.

AUR. Pero entónces, quién es su novia de usted?

MAR. (Caracoles! Yo que creí que estaba todo arreglado.)

AUR. Sepamos.

MAR. Pues si está en esta casa y no es ella, quién ha de ser?

AUR. (Yo no, pues sabe que quiero á su sobrino. Dios santo! Será Tomasa?)

MAR. No lo adivina usted?

AUR. Francamente, no me atrevo á creer...

MAR. (Se la caló.) Pues atrévase usted, atrévase usted.

AUR. Quién lo habia de decir!

MAR. Pues qué, tan raro es que un hombre como yo elija para casarse mujer jóven y guapa?

AUR. No, ciertamente; pero la diferencia de posiciones...

MAR. (Aquí de los versos!)
Qué importan las posiciones
teniendo yo dos millones?

AUR. Sí, sí; pero...

MAR. No hay pero que valga: ese es mi gusto, y si usted no se opone...

AUR. Yo? Por qué? De ningun modo.

MAR. Gracias, gracias. (Me adora.)

AUR. Verdad que lo siento por mamá.

MAR. Yo tambien; pero, ya ve usted, no me puedo dividir. Y además que, en último término, todo se queda en casa.

## ESCENA X.

DICHOS.—TOMASA.

TOM. La señora espera á don Martin en el comedor.

MAR. Vuelvo.

AUR. Qué! Se va usted?

MAR. Toma! Y á escape: deshaga usted el error, mientras voy en busca de Miguel.

AUR. Pero...

MAR. Yo no aguanto el primer ímpetu de doña Estefanía. Hasta despues. (Váse.)

## ESCENA XI.

AURORA.—TOMASA.

TOM. Pero, qué le sucede á don Martin?

AUR. Calla, Tomasa! Si vas á quedarte sorprendida.

TOM. Pues, qué ocurre?

AUR. Que don Martin no se casa con mamá.

TOM. No. Pues con quién?

AUR. Contigo.

TOM. Vamos, señorita: usted se chancea.

AUR. Te hablo con formalidad.

TOM. Así que no hacía más que intentar abrazarme.

AUR. Hola! Pues eso ya era un síntoma.

TOM. De qué?

AUR. De que te queria para esposa.

TOM. Quiá! Pues si todos los que intentan abrazarla á una la quisieran para esposa, hace mucho que tendria yo un millar de maridos.

AUR. Nada; pues don Martin, él me lo ha dicho, desea casarse contigo.

TOM. Bueno; pues lo pensaré, lo pensaré.

AUR. Qué vas á pensar?

TOM. Lo que todas las que dicen eso; en la manera de que no se me escape el novio.

## ESCENA XII.

DICHAS.—ESTEFANÍA.

ESTEF. Se fué mi tórtolo?

TOM. (Su tórtolo!)

AUR. Quién?

ESTEF. Quién ha de ser, mujer? Don Martin!

AUR. Acaba de salir en este instante.

ESTEF. No me sorprende, porque parecía que me lo anunciaba el corazon.

AUR. No digas eso, mamá.

ESTEF. Por qué no? Acaso don Martin no es ya mi amante y va á ser pronto mi marido?

TOM. (Como no tengas otro!)

AUR. No adelantes tanto las cosas.

ESTEF. Yo no adelanto nada.

AUR. Es que á veces se trastornan los planes, fracasan los proyectos...

ESTEF. Qué quieres decir?

TOM. Que á quien ama don Martin, es á mí.

ESTEF. Qué estás diciendo?

TOM. Lo mismo que la señorita me ha dicho á mí hace un instante.

ESTEF. Dios mio. (A Aurora.) Vamos, desmiéntela, confúndela, haz añicos á esta presumida con una negacion contundente.

AUR. No puedo: yo misma se lo he oido á don Martin.

ESTEF. Ah! Pero es cierto? Vírgen santa! Yo me vuelvo

loca... A mí este desprecio; á mí, á la viuda de Chichones, de un hombre que se murió de disgusto porque no le miré en tres dias.

AUR. Cálmate, mamá.

ESTEF. Cómo! Oyendo que ese bandido me deja por una fregona, por un estropajo.

TOM. A mí no me insulte usted, que me he criado en buenos pañales.

ESTEF. Qué has de criarte tú? Gracias si los tuviste de bayeta amarilla.

TOM. Yo! Yo!

AUR. (Interponiéndose.) Por Dios, mamá... Tomasa...

ESTEF. A la calle, á la calle ahora mismo.

TOM. Bueno; me iré á la calle; pero me iré con don Martin.

ESTEF. Deslenguada!

TOM. Que la he dicho á usted que no me insulte.

AUR. Basta. Tomasa, vete.

TOM. Ya me voy. (Vase.)

ESTEF. Tú ahora mismo á escribir á Miguel que no le quieres.

AUR. Qué culpa tiene?

ESTEF. Tiene; si él fuera bueno, habria roto ya todo parentesco con un tiote así!

AUR. Pero...

ESTEF. Largo, he dicho. (Vase Aurora.) Voy á serenarme un poco, y en seguida bajaré á consultar al memorialista de al lado para ver si puedo echar á ese hombre á presidio. (Vase.)

## ESCENA XIII.

MARTIN.—MIGUEL.

MIG. Pues yo tambien creia lo mismo.

MAR. Já, já, já! No te juzgué tan tonto. Te parece

que me iba yo á casar con una vieja, tan vieja y tan fea? Yo, que soy un muchacho todavía...

MIG. Pues entonces, con quién se va usted á casar?

MAR. Toma! Con Aurora.

MIG. Con Aurora? Quiá!

MAR. Cómo que quiá?

MIG. Que no querrá ella...

MAR. Pues mira tú lo que son las cosas; te engañas, porque sí quiere.

MIG. Qué ha de querer, si es mi novia!

MAR. Tu novia?

MIG. Hace dos años que tenemos relaciones...

MAR. Já! já! já! Pues lo siento mucho; pero te he birlado la novia; es decir, te he soplado la dama.

MIG. Imposible!

MAR. Ahora te desengañarás.

## ESCENA XIV.

DICHOS.—AURÓRA.

AUR. Aquí ustedes?

MIG. Sí, señora, aquí nosotros

AUR. Qué tono!

MAR. Está enfadado; muy enfadado.

AUR. Por qué?

MAR. Porque se figuraba tambien que yo me iba á casar con doña Estefanía, y como le he dicho lo que hay...

AUR. Se ha incomodado. Me lo explico. Ese matrimonio le tenia que disgustar...

MIG. Y lo dices con esa frescura!

AUR. Pero, hombre, á mí me parece que no hay motivo para que te pongas de ese modo: bien que no le veas con gusto, pero...

MAR. Anda, vuelve por otra.

MIG. Déjeme usted. De modo que tú encuentras lo más natural que se falte á las promesas y á los juramentos?

AUR. Estás loco?

MAR. Yo creo que sí: alguna rueda le falta.

MIG. Yo no puedo consentir que mi tio se case con la mujer que me ha amado hasta hoy, y á la que yo adoro todavía.

AUR. Dios mio!

MIG. Pero me vengaré: me voy á casar con la primera mujer que encuentre en la calle. (Váse.)

MAR. Va echando chispas!... (Buenas, buenas calabazas!)

## ESCENA XV.

AURORA.—MARTIN.

MÚSICA.

AUR. Se marcha.

MAR. Ya lo veo,
y eso me agrada;
al enemigo que huye
puente de plata.

AUR. Usted debe seguirle.

MAR. No me conviene;
pues que él se vá, es muy justo
que yo me quede.

AUR. Al ver el mal pago
que me ha dado el vil,
el alma á los ojos
se quiere salir...
Jí, jí, jí!

MAR. Por Dios, hija mia,
no llore usté así,
que voy á ponerme
como un chiquitin!
Jí, jí, jí!
(La pobrecilla ignora
que soy muy pillo,
que si por aquí lloro
por aquí rio.
Bueno vá,
siga así!
Já, já, já! (Riendo.)
Jí, jí, jí!) (Llorando.)

AUR. (Aunque es grande la pena
que me devora,
vá á hacerme, al cabo, gracia
ver cómo llora.)
Risa dá
verle así!
Já, já, já!)
Jí, jí, jí!

MAR. No más suspiros,
basta, por Dios;
que soy muy blando
de corazon,
y si prosigue,
tanto dolor
vá á hacerme falta
la extrema-uncion.

AUR. Ya que usted eso
pide por Dios,
como soy blanda
de corazon,
ceso en mi llanto

y en mi dolor,
no le haga falta
la extrema-uncion.

LOS DOS, Pues cambiemos
de cantar;
y riamos
sin cesar...
Já, já já!
Basta, basta
de llorar;
y riamos
sin cesar...
Já, já, já!

## ESCENA XVI.

DICHOS.—MIGUEL.

MIG. Muy bien, muy bien! Celebren ustedes su triunfo.

AUR. Ah! (Váse,)

MAR. Hombre, qué oportuno eres! No has venido á las lágrimas; pero á las risas en cuanto han comenzado. Y ya has arreglado tu matrimonio con la primera mujer que encontraste al salir?

MIG. No, señor.

MAR. Vamos, ya sé en qué ha consistido: en que al salir á la calle te encontraste con un hombre.

MIG. Con un cochero, sí señor.

MAR. Ah! Entónces, ni siquiera con un hombre.

MIG. Pero tio, déjeme usted que le mire bien.

MAR. Todo lo que quieras. (Le mira.)

MIG. Vamos: Aurora se ha vuelto loca.

MAR. Eh? Qué es eso? Cuando estaba loca era cuando le queria á usted, si es que alguna vez le ha

querido, don lechuguino; á usted, que no tiene ni mi talento, ni mi hermosura, ni mis seducciones.

MIG. Y usted no tiene mi edad.

MAR. Pero la he tenido... y cuando usted no habia nacido aún.

MIG. Eso es cierto.

MAR. Y usted en cambio no ha tenido nunca la mia. Vea usted, caballerito, quién vale más de los dos.

MIG. Perdone usted, tio, estoy desesperado.

MAR. Bueno, no me insultes, que yo no me opondré á que te desesperes: sé ponerme en la razon.

MIG. Me voy á suicidar.

MAR. Por eso? Pues hijo, si me hubiera yo ido á suicidar tantas veces como calabazas me han dado, estaria hace un siglo en el cementerio, aunque tuviera mil vidas más que los gatos, que dicen que tienen siete.

MIG. (Como hablando consigo mismo.) Pero no; me casaré con otra...

MAR. Eso es: la mancha de la mora con otra verde se quita.

MIG. Quiero que vea mi felicidad.

MAR. Eso es, y tú verás la suya; digo, la nuestra. Santo Dios! Doña Estefanía!

## ESCENA XVII.

DICHOS.—ESTEFANÍA.

ESTEF. Dónde está ese bandido, ese infame?

MAR. Qué! Le han robado á usted algo?

ESTEF. Sí, señor; usted me ha robado el alma.

MAR. Yo? Para qué quiero yo un alma de cántaro?

ESTEF. Me ha engañado usted vilmente.

MAR. Eso no es verdad; al revés: usted ha sido la que ha querido engañarme á mí.

ESTEF. No me dijo usted que me queria?

MAR. Señora, cómo iba yo á decir ese disparate? Mírese usted al espejo.

ESTEF. No quiero.

MAR. Hace usted bien, porque se encontraria muy vieja.

ESTEF. Como es usted tan jóven.

MAR. Al lado de usted un chiquillo, porque usted ya tendrá noventa años.

ESTEF. Insolente! Jugar así con el corazon de una muchacha!

MAR. Sí, de una muchacha del tiempo de Calomarde.

ESTEF. Dejarme plantada!

MAR. Pero qué culpa tengo de que á usted se le antojen los dedos novios?

ESTEF. Que no tiene usted la culpa?

MIG. Vaya, termine la cuestion: se quiere usted casar conmigo, doña Estefanía?

ESTEF. Cómo?

MAR. Qué dices?

MIG. Lo que ustedes oyen. (No quiero retardar mi venganza.)

MAR. Te has vuelto loco?

MIG. No, señor.

ESTEF. Pero habla usted formalmente?

MIG. Muy formalmente.

ESTEF. Este es un escopetazo.

MAR. Sí, un escopetazo en que le vá á salir el tiro por la culata.

ESTEF. Pero, y Aurora?

MIG. No me quiere, se casa con mi tio!

ESTEF. Con ese viejo?

MAR. Sí, sí, con este viejo.

ESTEF. Jesús! De modo que usted pretende que haya un cambio?

MIG. Justo.

ESTEF. Y usted, qué dice?

MAR. Yo, nada: me rio, ya lo vé usted.

MIG. Usted, usted es la que ha de decidir.

ESTEF. Pues yo, la verdad, Miguelito...

MAR. Mira, la primera idea es la mejor: suicídate.

ESTEF. Todavía no está usted contento con lo que ha hecho, que quiere quitar la intencion á su sobrino?

MAR. Señora, yo le doy un consejo, como tio que soy.

ESTEF. Y tan tio como es usted!

MIG. Conque decídase usted.

ESTEF. No te dice bastante mi rubor?

MAR. No hagas caso del rubor, que es colorete.

ESTEF. Todavía!

## ESCENA XVIII.

DICHOS.—TOMASA.

TOM. Me voy, señora.

ESTEF. Bien, cuanto ántes, mejor.

(Tomasa lleva aparte á D. Martin. Estefanía y Miguel quedan hablando bajo hasta cuando marca el diálogo.)

TOM. Me voy, don Martin.

MAR. Bien, adios.

TOM. Es que no vuelvo.

MAR. Bueno; haz lo que quieras.

TOM. Y á dónde quiere usted que me dirija?

MAR. Caracoles! A donde te dé la gana.

TOM. Ahora sale usted con eso, despues que me despiden por usted?

MAR. Por mí?

TOM. Justo; en cuanto la señora supo aquello se puso como una fiera.

MAR. Como lo que es.

TOM. Y me despidió.

MAR. Y qué es aquello?

TOM. Toma! Que le quiero á usted!

MAR. Ah! Conque tambien tú me quieres á mí?

TOM. Pues es claro.

MAR. (Todas me quieren; qué hago yo?)

TOM. Si no le quisiera, no me casaria con usted.

MAR. Ah! Pero es decir que tú te vas á casar conmigo?

TOM. Habiendo cariño, naturalmente.

MAR. Mira, mira, hazme el favor de irme perdiendo ese cariño.

TOM. Cómo?

MAR. Como puedas: eso no es cosa mia.

TOM. Con que no me caso con usted?

MAR. No, mujer: lo siento; pero, qué quieres? No puedo complacer á tantas como aspirais á mi mano. (Siguen hablando bajo.)

ESTEF. Pero, no me engañas, Miguelito?

MIG. No te engaño, Estafanía. (Creo que me estoy engañando á mí mismo.)

MAR. No seas pesada, déjame en paz.

ESTEF. Qué es eso?

MAR. Nada, que á esta chica le pasa lo que á usted; que me adora, y yo no puedo corresponderla.

## ESCENA ÚLTIMA.

DÍCHOS.—AURORA.

AUR. Mamá! Mamá!

MIG. Aurora!

AUR. No me hable usted: hable usted con Tomasa, ya que la quiere.

MIG. Yo?

TOM. No, señorita; si el que me quiere á mí es don Martin.

AUR. Ya lo sé; pero tambien...

ESTEF. Cómo?

MAR. Caracoles! Nos hemos vuelto locos todos?

MIG. Así parece.

MAR. Yo me caso con Aurora ..

AUR. Conmigo? Quiá...

MAR. Cómo que no?

ESTEF. Pero, usted no quiere á Tomasa?

MAR. No, señora.

ESTEF. Ni á mí?

MAR. Tampoco; cómo lo he de decir?

ESTEF. Pues nada; entónces, que se casen los chicos.

MAR. No me dá la gana.

TOM. O usted y yo.

MAR. Ménos: no quiero que esto acabe con boda como en las comedias; máxime cuando el público no se casa con nadie.

MIG. Tio!

AUR. Don Martin!

MAR. En fin, consultaré, y se resolverá conforme con la opinion de estos señores.

Si usted me dá una palmada
los caso; pero al vapor...
Démela usted, por favor,
que á usted no le cuesta nada.

FIN

# OBRAS DEL MISMO AUTOR

DE INCÓGNITO [1], juguete cómico en dos actos y en prosa.

LOS AMIGOS DE BENITO [2], juguete cómico en un acto y en prosa.

ESPECÍFICO MORAL, comedia en un acto y en verso.

VESTIRSE DE AJENO, juguete cómico en un acto y en prosa.

VENCER POR SORPRESA, comedia en un acto y en verso.

ENTRE DOS FUEGOS, juguete cómico en un acto y en prosa.

AL MAESTRO CUCHILLADA, comedia en un acto y en verso.

DEL ERROR Á LA MENTIRA, juguete cómico en dos actos y en prosa.

HERIR EN LO VIVO, comedia en un acto y en verso.

AMISTAD Á RÉDITO, juguete cómico en dos actos y en prosa.

CRÍSIS TOTAL, pasillo cómico en un acto y en verso.

LA PLAZA DE ANTON MARTIN [3], sainete lírico en un acto y en verso, música de los maestros Chueca y Valverde.

---

1 Con la colaboracion del Sr. Segovia Rocaberti.

2 Con la colaboracion del Sr. Sanchez Ramon.

3 Con la colaboracion de los Sres. Granés y Prieto.

# PUNTOS DE VENTA

## MADRID

Librería de los Sres. Viuda é hijos de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS

En casa de los corresponsales de la BIBLIOTECA LÍRICO-DRAMATICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares á esta casa, acompañando su importe en letras de fácil cobro ó sellos de comunicaciones, sin cuyo requisito no serán servidos.

Precio, UNA peseta.